



# απόστοι

Mayo 2001  
Número 8  
PASTORAL BÍBLICA

Publicación mensual al servicio del Centro de Formación para Maestros de Biblia

## La Ascensión del Señor 27 de mayo

Esta escena debió haber sido sumamente impresionante: ver al que había resucitado elevarse hacia el Cielo después de despedirse y dar sus últimos consejos a sus amigos, los discípulos y apóstoles.



En esos momentos, el Señor habla amorosamente por última vez a sus discípulos. Les da su último mandato:

**“Vayan por todo el mundo y prediquen el Evangelio a toda criatura”**

(Mc 16,15-20)

Un gran mandato que la Iglesia ha llevado a cabo durante los dos mil últimos años.

Desde ese día, los apóstoles y sus sucesores que son los obispos, se han dedicado a llevar el mensaje de salvación a todos los rincones de la tierra. Nunca se ha fatigado la Iglesia de hacerlo. Por todo México, América, Europa, África, Australia, hasta el polo Norte y el polo Sur, reciben la visita de algún discípulo de Jesús que quiere que el mensaje de salvación llegue a todos los hombres.

Este mandato se cumple cabalmente con todos los misioneros que generosamente se dedican a llegar a la

palabra de Dios a todos esos rincones. Pero, ¿acaso los misioneros son gentes especiales?

¿Acaso solamente algunos han de ser esos misioneros que lleven el Evangelio a los demás? ¡No! Todo cristiano tiene

como vocación la evangelización. Todos estamos llamados a incluir la Buena Nueva a todos los demás. Todo cristiano es misionero por vocación.



El primer campo de misiones es nuestro propio hogar, con nuestros hijos y familiares. Ahí el cristiano ha de ser testigo de Jesús, ha de dejar ese buen aroma a Cristo.

El mundo del trabajo, ahí donde realices tus actividades diarias, sea en la fábrica, en el campo, en el hogar, ahí donde haya un cristiano, habrá un testimonio de alguien que sabe que Jesús ha resucitado, que está esperándonos con las manos abiertas para darnos la felicidad eterna.

Finalmente, el cristiano podrá buscar los apostolados que le permitan llevar a más personas, a más hijos de Dios el mensaje de Salvación. ¿Cuántas gentes de tu comunidad no conocen a Jesús y no hay nadie que se los lleve? Ahí estarás tú, como misionero, ayudando a los demás a que descubran, encuentren, conozcan y se enamoren del Señor.

La vocación al apostolado es para todo cristiano. No podemos quedarnos con las manos cruzadas cuando tantos y tantos enemigos de Dios andan por ahí, confundiendo a los demás.

## ¿Crees conocer la Biblia?

*Sección que nos ayudará a aprender muchas cosas de la Biblia*

1. ¿Quiénes eran los dos sacerdotes en el tiempo de David?
2. ¿Qué anciano sacerdote de Israel murió al escuchar que los enemigos habían logrado apoderarse del Arca de la Alianza?
3. ¿Qué parábola de Jesús tiene como protagonista a un sacerdote?
4. ¿Qué sacerdote tuvo 7 hijos que expulsaban los demonios en nombre de Jesús?
5. ¿Qué cartas afirman que el diluvio en tiempo de Noé fue un símbolo del bautismo?

Respuestas al número anterior:

1. Adá (Gn. 4,19)
2. Adá y Selá, esposas de Lamek (Gn.4,19-24)
3. Judas (Jn. 12,3-6)
4. Jacob (Gn. 28,18)
5. Apocalipsis (16,7)

## Cumpleaños Mayo

Ma. Guadalupe Rincón Olvera  
 Laura E. Maldonado de Acuña  
 Florinda Carcaño Salazar  
 Rosalva Frayre de Salazar  
 Judith Zaleta Molgado  
 Ma. Del Carmen Osuna  
 Juana Valdés Molina  
 Eva Lozano Guajardo  
 Isidra Bustos Bernal  
 María de la Luz Cardona  
 Alberto Oropeza  
 Aquileo Lara Carreón  
 Ma. Bonifacia Martínez  
 Francisco de la Rosa  
 Ma. Del Refugio Arévalo  
 Susana Bailey Elizondo  
 Aída María González  
 Ana María Carreón  
 Angélica Ortega de Espinoza

## Cumpleaños Junio

Blanca Esthela de la Garza  
 María Elsa Cobás Garza  
 Hilda Garza de González  
 Eduardo Andrade Palacios  
 Ma. Esther Montoya Tonché  
 Beatriz Arjona Duarte  
 Ma. Cira Román de Flores  
 Fela Valdés Mendoza  
 Juanita Valdés de Castillo  
 Jesús Gómez Hernández  
 Gloria de la Garza de Burnes  
 Ladislao Nájera Zamarrón

## Avisos

**Junio 2:** Se cita a los maestros titulares para que firmen los diplomas de sus alumnos, en las oficinas de Pastoral Bíblica de 9:00 a.m. a 1:00 p.m.  
Informes: 83-36-99-14

**Junio 9:** Misa de graduación en la Catedral de Monterrey, iniciando a las 10:00 a.m. No olviden llevar su estandarte y su uniforme (pantalón o falda negra y camisa o blusa blanca)

## Curiosidades Bíblicas

¿Por qué Mateo y Marcos no hablan de Pentecostés?

Mateo y Marcos, los dos primeros evangelistas que aparecieron por escrito, no dan tanta importancia al Espíritu como Lucas (evangelio y Hechos) y Juan (evangelio, cartas y Apocalipsis). Esto permite suponer que, nada más comenzar el cristianismo, no existía una formulación clara y explícita acerca de la Trinidad, sobre todo el Espíritu Santo como persona. Esta formulación nació con el tiempo y es fruto de una larga reflexión en el seno de las comunidades. En los dos primeros evangelios, el único lugar en el que aparece una fórmula trinitaria es

Mt 28,19:

**“Id, pues, y haced discípulos míos en todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”.**



No se puede decir lo mismo de Lucas-Hechos y de los textos vinculados a las comunidades juaninas. Aquí encontramos un desarrollo y profundización mayores acerca del Espíritu Santo y de su misión. Señal de que con los textos referidos al Espíritu trataron de responder a las nuevas necesidades que surgían en estas comunidades.

Lucas y Juan son los dos únicos evangelios que hablan de Pentecostés. Además, la obra de Lucas (el evangelio y los Hechos) elabora muy bien la cuestión del Espíritu Santo. De hecho, en el comienzo de Lucas hay muchas intervenciones del Espíritu: tiene que ver con María (Lc 1,35), con Isabel (Lc 1,41), con Zacarías (Lc 1,67), con el profeta Juan el Bautista (Lc 1,76.80), con Simeón (Lc 2,27) y con la profetisa Ana (Lc 2,36). En relación con Juan Bautista y Ana, la profetisa, no se dice explícitamente que estén animados por el Espíritu Santo. Pero, al ser llamados “profetas” es justo considerarlos movidos por el Espíritu ya que él era precisamente quien sostenía los pasos de los profetas en el Antiguo Testamento.

A continuación, también en Lucas, el Espíritu tendrá que ver con Jesús (Lc 4,14,18). Él es el ungido por el Espíritu; en virtud de esta unción Jesús pone en práctica su actividad liberadora. Concluida su misión, Jesús dice:

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46a). Después, Jesús resucitado promete ese mismo Espíritu a los que lo siguen: “Sabed que voy a enviar lo que os ha prometido mi Padre. Por vuestra parte, quedaos en la ciudad hasta que seáis revestidos de la fuerza de lo alto” (Lc 24,49).

En la segunda parte de su obra (Hechos de los Apóstoles), Lucas retoma el tema de la promesa del Espíritu (Hch 1,5.8), mostrando también su cumplimiento (Hch 2,1-11). La venida del Espíritu —en la forma en que nosotros la celebramos en la liturgia— tiene lugar durante la fiesta de Pentecostés, término de origen griego que hace referencia a los “50 días” después de la Pascua. A partir de la efusión del Espíritu, los discípulos de Jesús se convierten en sus testigos “hasta los confines de la tierra”.

El evangelio de Juan también habla de Pentecostés, pero lo presenta con unos ropajes diferentes a los de la versión de Lucas. Es decir, para el evangelio de Juan, la fiesta de Pentecostés tiene lugar en el mismo día de la resurrección (Jn 20,19-23). Entonces, ¿quién tiene la razón, Lucas o Juan? Ciertamente los dos, pues “evangelio” no quiere decir una crónica de hechos, sino que se trata de un modo particular de transmitir la buena noticia. La buena noticia es el Espíritu que es comunicado a los seguidores de Jesús. Cada evangelista “visitó” esta buena noticia con unos ropajes propios, la pintó con sus propios colores, de forma tal que si alguien se queda simplemente con los ropajes exteriores o con los colores, nunca llegará a descubrir el sentido que está por detrás.

A semejanza de lo que sucede en Lucas, también en el evangelio de Juan el Espíritu recorre un itinerario interesante. Juan el Bautista afirma haberlo visto posarse sobre Jesús (Jn 1,32), de modo que todas las palabras y acciones de Jesús están pronunciadas y hechas “en el Espíritu”. Cuando hubo contemplado todo lo que tenía que hacer, Jesús “entrega” el Espíritu (Jn 19,30).

El día de la resurrección, Jesús, vencedor de la muerte, comunica a sus discípulos el mismo Espíritu que lo movió en la realización de los planes de vida del Padre, de modo que sus seguidores deben y pueden, en el Espíritu, repetir las palabras y acciones que Jesús pronunció y realizó en otros tiempos y lugares, extendiendo así su obra (cf. Jn 14,12).

Pero, hasta ahora, no hemos respondido plenamente a la pregunta que nos ocupa:

“¿Por qué Mateo y Marcos no hablan de Pentecostés?”. Los dos nos presentan a Jesús recibiendo el Espíritu con motivo de su bautismo:



“Una vez bautizado, Jesús salió del agua; y en esto los cielos se abrieron y vio al Espíritu de Dios descender en forma de paloma y posarse

sobre él” (Mt 3,16; cf. Mc 1,10). Pero los dos, a diferencia de Lucas y Juan, callan a propósito de Pentecostés. Es cierto que en Mc 1,8 encontramos la promesa referente al bautismo con el Espíritu Santo. Algunos investigadores ven aquí una promesa del Pentecostés de Hechos: “Yo os bautizo con agua, pero él os bautizará en el Espíritu Santo”. La pregunta que queda en el aire sería el siguiente. Si ahí tenemos que ver una promesa de Pentecostés, ¿por qué Marcos no nos muestra su cumplimiento?

En Marcos y Mateo hay un texto que parece indicar una posible respuesta: “Cuando os lleven para entregaros no os angustiéis por lo que habréis de decir, decid lo que os sea inspirado en aquella hora, pues no hablaréis vosotros, sino el Espíritu Santo” (Mc 13,11; cf. Mt 10, 19-20). Esta cita se enmarca dentro de un contexto de enfrentamiento. El texto paralelo de Lucas, al hablar de esta misma situación, no hace mención del Espíritu. Jesús simplemente dice: “Pues yo os daré un lenguaje y una sabiduría que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios” (Lc 21,15). ¿Por qué Lucas no menciona al Espíritu? Probablemente porque está reservando esta cuestión para desarrollarla más tarde, a lo largo de los Hechos de los Apóstoles.

Todo lleva a pensar que Marcos y Mateo se dieron por satisfechos con esa promesa del Espíritu en momentos de persecución y conflicto a causa del seguimiento de Jesús. No sintieron la necesidad de ir más allá (algunos investigadores ven una especie de Pentecostés



en la muerte de Jesús según Mt 27,50, cuando Jesús “entrega el Espíritu”). Sus comunidades no consideraron importante desarrollar y ampliar esta cuestión. Sin

embargo, no sucedió lo mismo con las comunidades a las que iba dirigido el evangelio de Lucas o a aquellas en las

que nació el evangelio de Juan. Estas comunidades tenían otras exigencias.

La liturgia cristiana ha seguido los pasos de Lucas. De hecho, nosotros no celebramos la fiesta de Pentecostés siguiendo el evangelio de Juan —es decir, en el mismo día de la resurrección—, sino 50 días después. Incluso aunque se llegara a cambiar la fecha de la celebración, lo que no podría cambiarse es la estrecha relación que existe entre el Padre, Jesús y el Espíritu. Esta vinculación es, de hecho, fundamental para la fe.

## Compartiendo...

### María, Esperanza Nuestra

*En su carta apostólica "Tercio Milenio Adveniente", Juan Pablo II nos exhorta a que meditemos en María como la mujer dócil al Espíritu, mujer del silencio y de la escucha, mujer de esperanza. Con ese propósito, hemos escogido del folleto "María, Mujer de Esperanza", cuyo autor es el Pbro. Carlos Barraza, OFM, un bello capítulo que enriquece el contenido de αφοζτοι en este mes de gran devoción mariana.*

María fue humana, profundamente humana. Y por eso, también fue una mujer de Esperanza. Por su docilidad inquebrantable al Espíritu.

La esperanza tiene lugar cuando se acaban todos los recursos humanos, y entonces Dios es el único emergente. Para poner en Dios nuestra esperanza, hemos de ser radicalmente pobres, peregrinos, débiles...

Se dice que el Evangelio de Juan está narrado en clave de esperanza. El primer milagro empalma con el último para destacar que sólo podemos confiar en Dios.

El primer milagro de Juan describe a María como mujer de esperanza: son las bodas de Caná. Hay una constatación de negatividad: "No tienen vino" (Jn 2,3). Un dato analítico que se convierte en plegaria. Es la reacción de una mujer de esperanza. Y las seis tinajas de agua se convierten en vino excelente. "La esperanza no defrauda" (Rm 5,5).

Son las primeras pinceladas de Juan sobre la esperanza. Mas donde desarrollará la policromía de esta vidriera traslúcida de esperanza, será en el último milagro: el de la resurrección. Llegamos al medio día del viernes del gran pecado histórico contra la esperanza: el asesinato del Hijo de Dios.

Antes, el Evangelio había hecho una afirmación extraña: "Aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado" (Jn 7,39). Jesús había inculcado a los suyos un desprendimiento doloroso: "Les conviene que yo me vaya, para que venga el Espíritu" (Jn 16,7). María fue la que sufrió el mayor dolor en esta noche oscura. La carne tiene que dar paso al Espíritu, la muerte tiene que ceder ante la vida.

El orden lógico espiritual no es mañana y tarde, vida y muerte, espíritu y carne. El orden de Dios es la cronología de la esperanza: desde la noche hacia el amanecer; desde la carne hacia el Espíritu; desde la muerte hacia la vida definitiva.

Esta cronología se cumple en el último milagro: de la tarde del viernes a la mañana de la Pascua: de un cadáver embalsamado al sepulcro vacío; de la carne que se desmorona al Resucitado desbordante de Espíritu.

Juan describe la muerte de Jesús con breves palabras, pero con densidad teológica: "Jesús dijo: 'Todo está cumplido'. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu" (Jn 19,30).

La frase tiene un doble sentido. Entregar el espíritu significa directamente el acto de morir. Pero teológicamente tiene un sentido de plenitud y cumplimiento de promesa, introducido por la frase previa de que todo está cumplido: entregar el espíritu es dar vida.

Así en el Monte Calvario, Jesús pasa de la muerte a la vida; los creyentes reciben el espíritu y se incorporan al Cristo glorioso.

"Uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua" (Jn. 19,34). La sangre evoca la carne desangrada; el agua, el símbolo del Espíritu.

Desde otro ángulo, el agua y el vino de las bodas de Caná con María como mujer esperanzadora, se describen ahora como sangre y Espíritu, con María propuesta como modelo de esperanza: "Ahí tienes a tu Madre" (Jn 19,27).

Es la hora de la esperanza: "Desde aquella hora, el discípulo la acogió en su casa" (Jn 19,27).

Cuando decimos que María es nuestra esperanza, hemos de entenderlo correctamente. No decimos que el objeto de nuestra esperanza sea María. Como virtud teológica, el objeto de la esperanza sólo puede ser Dios. Pero María es nuestra esperanza porque Dios nos la ofrece como modelo de esperar contra viento y marea, y porque ella nos ayuda en gesto maternal a confiar sólo

en Dios. De este modo, la invocamos en la antiquísima oración de la "Salve Regina" atribuida a San Pedro de Mezonzo, Obispo de Santiago de Compostela (España siglo XII).

Hemos llegado a la plenitud de la consumación, la Vida Eterna. Antes descubrimos los orígenes de la creación y el culmen de la Encarnación, para desembocar en la felicidad plena.



A través de este largo itinerario, nos acompañó la figura de María, como mujer, en docilidad al Espíritu, y abierta a la esperanza.

La esperanza es fruto de la docilidad al Espíritu Santo, y el Espíritu nos desvela la realidad femenina en Dios y en los seres humanos. La dimensión femenina en nosotros es la equiva-

lencia al reconocimiento del único Padre (Mt 23,9) que siempre toma la iniciativa en la obra de la salvación, iniciativa que humildemente hemos de secundar en docilidad al Espíritu.

Hay que dejar que Dios sea Dios, para que nosotros seamos humanos y fraternos, y logremos la armonía con toda la creación, "para que Dios sea todo en todo" (1Co 15,28).

## Conclusión

Los pastores no podían pensar que aquél niño era Hijo de Dios. Tampoco los judíos se imaginaban, en su estricta mentalidad monoteísta, que Jesús fuera Hijo de Dios, y cuando Jesús quería insinuar algo de eso, "tomaron piedras para tirárselas" (Jn 8,59).

A los cristianos también les costó trabajo mental para poder afirmar claramente que Jesús era Hijo de Dios. El primer error en pura teología se le atribuye a Arrio, quien decía que Jesús era inferior a Dios ("el Padre es más grande que yo" Jn 14,28) y por eso fue condenado en el primer Concilio Ecuménico de la Iglesia, el Concilio de Nicea (año 325). Más tarde fue Nestorio, que insistía en que María era Madre de Jesús, pero no Madre de Dios (theotokos).

No es fácil afirmar que María es Madre de Dios. En teoría lo podemos decir, de labios afuera, pero en la práctica todos somos un poquito heréticos, sin

mala voluntad. ¿No es verdad que nos cuesta reconocer en los pobres (en el pesebre) al Hijo de Dios, y en una sencilla mujer nazaritana, a la Madre de Dios?

El desafío está aquí: no en una religiosidad esclavizante, sino en una práctica comprometida de seguimiento de Jesús. Lo que para María se tradujo en fidelidad a su condición femenina, en fidelidad al Espíritu Santo, y en apertura al futuro desde la esperanza.

Tal vez otros muchos aspectos pudiéramos descubrir en la figura extraordinaria de María, pero basten estos rasgos en el inicio del tercer milenio.

## Pentecostés

Domingo 3 de junio

La festividad de Pentecostés es una de las celebraciones más importantes de la Iglesia. Fue el día del nacimiento de la Iglesia y recordamos a los apóstoles que recibieron al Espíritu Santo. Por desgracia, nosotros le dedicamos muy poco tiempo a conocer al Espíritu Santo, Tercera persona de la Santísima Trinidad. Al pensar en Dios generalmente pensamos en Dios-Padre o en Dios-Hijo, Jesucristo. Muy de vez en cuando pensamos en el Espíritu Santo. Es muy importante conocerlo y apreciarlo, ya que Él es fuente de la Verdad. Vivimos en un mundo lleno de corrientes religiosas, de ideas que van y vienen, de ritos que se ponen de moda. Cada vez, es más difícil apreciar la verdad y el camino que nos lleva a Jesús. El Espíritu Santo —que es Dios y que mora en nosotros— nos acerca a este conocimiento. El nos ilumina y nos guía. Por esto en un mundo como el de hoy es muy importante conocer al Espíritu Santo mediante la oración, la lectura y la reflexión.

En esta festividad leeremos la Secuencia de la Misa de Pentecostés que nos dice:

*Ven, Dios Espíritu Santo, y envíanos desde el Cielo tu luz, para iluminarnos.*



*Ven Ya, padre de los pobres, luz que penetra en las almas, dador de todos los dones.*

*Fuente de todo consuelo, amable huésped del alma, paz en las horas de duelo.*

*Eres pausa en el trabajo; brisa, en un clima de fuego; consuelo, en medio del llanto.*

*Ven luz santificadora, y entra hasta el fondo del alma de todos los que te adoran.*

*Sin tu inspiración divina los hombres nada podemos y el pecado nos domina.*

*Lava nuestras inmundicias, fecunda nuestros desiertos y cura nuestras heridas.*

*Doblega nuestra soberbia, calienta nuestra frialdad, endereza nuestras sendas.*

*Concede a aquellos que ponen en ti su fe y su confianza tus siete sagrados dones.*

*Danos virtudes y méritos, danos una buena muerte y contigo el gozo eterno.*

Esta hermosa oración ha sido rezada por la Iglesia durante cientos de años. Ahí vemos la dulzura de Dios que, por medio del Espíritu Santo, inunda las almas. Ahora, reflexionemos esas hermosas palabras que decimos del Espíritu Santo, ese dulce huésped de nuestra alma.

Lo nombramos **Padre de los pobres**, pues Él es quien se identifica con ello, con los que más necesitan. Con los que tienen hambre y sed de Dios. Por eso, Santa Teresa decía: “*quién a Dios tiene, nada le falta*”. Ahí estaba presente el Espíritu Santo.

**Luz que penetra las almas:** ¡Cuántas veces vivimos en la oscuridad del pecado, de la angustia y de la tristeza! Parece que nunca se va a hacer de día. Sin embargo, si pedimos a Dios que, por medio del Espíritu Santo nos ilumine, pronto las tinieblas de nuestro corazón se llenarán de esa luz amorosa de Dios.

**Dador de todos los dones:** Todos los dones que pueda recibir una persona, un alma, son originados por el Espíritu Santo quien, con el fuego de su amor, piensa personalmente en cada uno de nosotros.

**Fuente de todo consuelo.** ¡Cuántas veces parece que estamos inconsolables porque todo lo humano está en nuestra contra! Dificultades con los miembros de la familia, los hijos, el cónyuge; en el trabajo, en la comunidad. Nada, parece, nos puede consolar. Sin embargo, ahí está Dios quien, por medio del Espíritu Santo está en espera para consolarnos.

**Amable huésped del alma.** Si, ese es el Espíritu Santo, ese amable, dulce y tierno visitante de nuestra alma, que habita en ella si nosotros se lo permitimos. Pero, nuestro egoísmo lo expulsa cada vez que optamos por el pecado. *Dulce huésped ¡quédate conmigo! No permitas que nada me separe de ti.*

**Paz en las horas de duelo.** ¿Quién será quien nos levante el corazón cuando el dolor es fuerte? Ahí está el dulce

huésped del alma buscando consolar y dar paz en los momentos de duelo. Pero, ¿por qué no queremos escucharle? ¿por qué nos ha-cemos sordos a su voz? Cuando el alma está atribulada, cansada, fatigada, ahí se presenta quien es pausa en el trabajo; brisa, en un clima de fuego; consuelo en medio del llanto. ¡Si! Ahí está el Espíritu Santo quien ha de confortar en todo momento.

Así podríamos ir hablando del Espíritu Santo, escuchando las palabras de esta oración que la Iglesia durante cientos de años ha recitado.

Sin embargo, esta maravillosa realidad del Espíritu Santo es muy poco conocida. Por algo se suele afirmar que el Espíritu Santo es el Gran Desconocido, pues si realmente lo conociéramos viviríamos con permanente paz en el alma. Dedicemos este Domingo de Pentecostés para conversar amorosa e íntimamente con el Espíritu Santo, amable y dulce huésped del alma.

Recordemos algunas palabras que la Iglesia, por medio del Credo, nos dice sobre el Espíritu Santo. Recordemos que es el Señor y dador de vida. Por medio de Él, Dios vivifica al mundo, nos comunica la vida y lo santifica todo.

**Los 7 dones del Espíritu Santo** son:

1. Sabiduría, 2. Inteligencia, 3. Consejo,
4. Fortaleza, 5. Ciencia, 6. Piedad,
7. Santo Temor de Dios.

**Los frutos del Espíritu Santo** nos ayudan a saborear la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera 12:

1. Caridad, 2. Gozo, 3. Paz, 4. Paciencia,
5. Generosidad, 6. Bondad,
7. Benignidad, 8. Mansedumbre,
9. Fidelidad, 10. Modestia,
11. Continencia, 12. Castidad.

El pecado mortal es el peor enemigo del Espíritu Santo, pues si lo comemos expulsamos de nuestra alma a su dulce huésped.

No tengamos miedo de ser testigos de Dios en la sociedad, pues si contamos con el Espíritu Santo, toda dificultad será vencida, todo cansancio refrescado y cada tristeza consolada.

